

ASÍ ERA
LEV TOLSTÓI
(II)

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN
DEL RUSO DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la selección y la edición, 2017 by Selma Ancira Berny
© de la traducción, 2017 by Selma Ancira Berny
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

Para la realización de esta obra, la autora recibió
el apoyo económico del Fondo Nacional para la Cultura
y las Artes de México, a través del programa
Sistema Nacional de Creadores de Arte

ISBN: 978-84-16748-72-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 22 859-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

LA BODA DE TOLSTÓI

Sofia Andréievna Tolstaia

7

DE MI TRATO CON TOLSTÓI

Ilyá Repin

55

CINCO DÍAS EN YÁSNAIA POLIANA

Tokutomi Roka

97

EN LOS FUNERALES DE TOLSTÓI.

IMPRESIONES Y OBSERVACIONES

Valeri Yákolevich Briúsov

139

Notas

162

Índice de nombres

175

LA BODA DE TOLSTÓI*
SOFIA ANDRÉIEVNA TOLSTAIA

VIAJE A IVITSY

Los primeros días de agosto de 1862 nosotras, las tres hermanas, nos alegramos sobre manera al saber que mi madre tenía intención de ir con Volodia, mi hermano pequeño, y nosotras tres, en una de las carretelas con caballos que circulaban por aquel entonces, a ver a su padre, nuestro abuelo, Alexandr Mijaílovich Isléniev.

El abuelo Isléniev (descrito por Lev Nikoláievich en *Infancia* como el «papá») por aquel entonces vivía en su hacienda Ivitsy, del distrito de Odoievski, la única que quedaba de una gran fortuna, y ésta, además, comprada a nombre de su segunda esposa, la madrastra de mi madre,

* Relato tomado de *Diarios de Sofia Andréievna Tolstaia 1860-1891*, editado por M. y S. Sabashnikov, 1949.

Sofia Alexándrovna, de soltera Zhdánova. Esta misma Zhdánova, también fue descrita por Lev Nikoláievich en *Infancia* con el nombre de «La belle Flamande».

Las tres hijas del segundo matrimonio de mi abuelo eran entonces unas muchachas jóvenes,¹ y con la segunda yo me llevaba muy bien.

La hacienda de mi abuelo estaba a unas cincuenta verstas de Yásnaia Poliana. Ahí, en Yásnaia Poliana, se encontraba en ese momento la hermana de Lev Nikoláievich, Maria Nikoláievna,² que acababa de llegar de Argelia, y como mi madre había sido su mejor amiga durante la infancia,³ y siempre tenía ganas de verla, y además desde que era una niña no había vuelto a Yásnaia Poliana, decidió que iríamos sin falta. Esto nos llenó de entusiasmo, y mi hermana Tania y yo, nos pusimos felices, como suelen ponerse los jóvenes ante cualquier propuesta o variación. Los preparativos para el viaje se animaron, nos confeccionaron elegantes vestidos; íbamos haciendo el equipaje y esperábamos con ansia el día de la partida.

Del día de la partida en sí, no me acuerdo. Tam-

bién son vagos mis recuerdos del camino: las estaciones, el cambio de los caballos, las comidas a toda prisa y el cansancio debido a la falta de costumbre de estar de viaje. Llegamos a Tula, a casa de la hermana de mi madre, la tía Nadezhda Alexándrovna Karnovich, esposa del decano de la nobleza de Tula. Fuimos a ver la ciudad, que a mí me pareció insulsa, mugrosa y aburrida. Pero no podíamos *perdernos* nada y nos esforzamos por verlo todo concienzudamente durante la visita.

Después de comer, emprendimos el camino a Yásnaia Poliana. Estaba anocheciendo. Hacía un tiempo espléndido. El camino por los bosques de Záseka, y por la carretera, era tan pintoresco y tan nuevo, tan vasto y tan inusual para nosotras, niñas de ciudad, que teníamos la impresión de estar en medio de la naturaleza salvaje.

Maria Nikoláievna y Lev Nikoláievich nos recibieron con bulliciosa alegría. La amable y discreta tía Tatiana Alexándrovna Ergólskaia, con amables saludos a la francesa, y su protegida, Natalia Petrovna,⁴ ya me acariciaba el hombro, ya le guiñaba el ojo a Tania mi hermana y retozaba con ella, que por aquel entonces tenía quince años.

A nosotros nos instalaron abajo, en una habitación abovedada, y pobremente amueblada. A lo largo de las paredes de aquella habitación había divanes pintados de blanco, con unas almohadas muy duras en vez de respaldos y unos asientos muy duros también, tapizados con un dril a rayas azules y blancas. También había un sillón largo, con unas almohadas semejantes, blanco también. La mesa era sencilla, de madera de abedul, hecha por un carpintero casero. En el techo abovedado habían sido fijados unos aros de metal, de los que antiguamente, cuando en épocas del abuelo de Lev Nikoláievich, el príncipe Voljonski, esta habitación se usaba como trastero, se colgaban las sillas de montar, las piernas de carnero y demás.

Los días ya no eran muy largos. Estábamos a principios de agosto. Apenas habíamos tenido tiempo de dar una vuelta por el jardín, cuando Natalia Petrovna quiso enseñarnos las frambuesas. Por primera vez en mi vida comí frambuesas directamente de la mata, y no de las cestitas, en las que nos las llevaban a la dacha para que hiciéramos mermelada. Ya quedaban pocas, pero eso no impedía que me sintiera fascinada por la be-

lleza de estas bayas rojas sobre el verde y me delectara con su fresco sabor.

PASAR LA NOCHE EN UN SILLÓN

Cuando comenzó a oscurecer, mamá mandó decirme que bajara para deshacer el equipaje y preparar las camas. Duniasha, que estaba al servicio de la tía,⁵ y yo, habíamos empezado a organizar la habitación para pasar la noche, cuando de pronto entró Lev Nikoláievich. Duniasha se dirigió a él para decirle que tres de los niños dormirían en los divanes, pero que no había en donde acomodar al cuarto.

—Con este sillón bien se puede armar una cama—dijo Lev Nikoláievich y arrastró el sillón largo, colocando al final un ancho taburete cuadrado.

—Yo dormiré en el sillón—dije.

—Pues yo le prepararé la cama—dijo Lev Nikoláievich, y con movimientos torpes y desacostumbrados para él, comenzó a desdoblar la sábana. Yo me sentía incómoda, pero al mismo

tiempo había algo agradable e íntimo en el acto de tender una cama juntos.

Cuando ya todo estuvo listo y subimos de nuevo, mi hermana Tania, cansada, dormía hecha un ovillo en el diván pequeño de la alcoba de la tía. A Volodia también ya lo habían acostado. Mamá conversaba con la tía y con Maria Nikoláievna de cosas del pasado. Mi hermana Liza nos recibió con una mirada interrogativa. Me acuerdo vivamente de todos y cada uno de los minutos de aquella noche.

En el comedor con la gran ventana italiana, el lacayo Alexéi Stepánovich,⁶ que era más bien bajo de estatura, estaba poniendo la mesa para la cena. La linda Duniasha (hija del tío Nikolái descrito en *Infancia*), le ayudaba trayendo esto y lo otro. La puerta abierta en mitad de la pared daba a una salita pequeña donde había un antiguo clavicordio de palo de rosa, y en esta salita, con una ventana italiana como la otra, las puertas, abiertas, daban a un pequeño balcón, desde donde había una vista preciosa que, más adelante, me acompañó durante el resto de mi vida. Aún hoy me deleito con ella.

Tomé una silla y, saliendo con ella al balcón, me senté a disfrutar de la vista. El estado de ánimo que se apoderó de mí en ese momento no lo he olvidado jamás, aunque sea incapaz de describirlo. No sé si era la impresión que me producía una aldea de verdad, la naturaleza, los espacios abiertos; o si era el presagio de lo que ocurrió un mes y medio más tarde, cuando entré ya como dueña de la casa; o si simplemente era la despedida de mi vida libre de soltera o quizá todo junto, no sé. Pero mi estado de ánimo era significativo, serio, dichoso y, algo muy nuevo, inconmensurable.

Todos se reunieron para la cena. Lev Nikoláievich vino a llamarme.

—No, se lo agradezco, pero no tengo hambre —dije—. Aquí se está tan bien...

Desde el comedor se oía la voz fingida, caprichosa y bromista de mi hermana Tania, que de todos era la consentida y estaba acostumbrada a serlo. Lev Nikoláievich volvió al comedor, pero, sin terminar de cenar, regresó al balcón donde yo estaba. No recuerdo con detalle de qué hablamos; sólo me acuerdo de que me dijo: «¡Qué luminosa y sencilla es usted!».